



DESDE LA CONTRADICCION, LA PERPLEJIDAD Y EL GOZO

Jorge Díaz
Dramaturgo

Después de cuarenta años de quehacer teatral y más de cien obras escritas, de las cuales se han montado ochenta por lo menos, puedo afirmar que sé muchísimo menos de este oficio de lo que creía saber cuando empecé a escribir en 1959. Para decirlo de otro modo: sé cada día menos (si es que algún día supe algo) y esa ignorancia se está transformando por momentos en pánico.

Mi percepción del teatro es el de un campo minado donde sobrevuelan mariposas. Como todos sabemos, basta la infinita levedad del ala de una mariposa posada sobre una mina para hacerla estallar bajo nuestros pies.

Si después de cuarenta años -como sería sensato pensar- hubiera adquirido una cierta experiencia artesanal para resolver los problemas derivados de la puesta en escena, si hubiera alcanzado alguna certeza en lo concerniente a la creación de espacios y palabras, entonces este oficio hubiera dejado de interesarme por completo.

La atracción que me empuja compulsivamente al escenario imaginado y nunca alcanzado, es el enigma que plantea este arte bastardo, arcaico, lleno de precariedades y miserias. La propia sustancia frágil, contradictoria, miserable del teatro es lo que me embriaga y enamora. Es una materia sumergida llena de debilidades y con muy pocas grandezas. Siempre fui amante de los perdedores, de los que van por el mundo chocando contra paredes invisibles, de los que viven a golpes de intuición, de los que se lastiman contra las aristas de una realidad que les es ajena.

Con esta condición perpleja, inconformista, desesperada del hombre de teatro, me he identificado. No con la imagen del dramaturgo que sabe lo que hace, teoriza e imparte clases y talleres. Confieso que no sé lo que hago ni por qué lo

hago. No puedo definir el teatro; lo más que puedo decir es que lo siento en las tripas como un magma oscuro que a veces (muy raras veces) resplandece, ilumina la miserable condición humana con leves destellos de verdad.

¿Por qué he escrito más de cien obras de teatro? Después de cada obra frustrada pensaba que, ya que no había conseguido ese destello de autenticidad, quizás, si lo volvía a intentar, lo lograría. Así, pues, mis cuarenta años de dramaturgia es la crónica de una frustración permanente y una esperanza. Ahora mismo pienso que puedo volver a intentarlo, que en el próximo diálogo a lo mejor rozo un momento de belleza, de pasión; un instante de doloroso asombro, algo que me explique a mí mismo. Porque, evidentemente, el objeto final del intento es éste: aplazar (ya que no satisfacer) esa devoradora necesidad de conocerse. Exorcizar las emociones, sacarlas a la luz, compartirlas, para moverse maniatado, encajonado por ellas. Y entre todas las emociones posibles, la dominante, la implacable, la omnipresente, es el miedo. Es una forma irracional, instintiva, ingenua; he pensado que la belleza puede aplegar mis miedos. Y el que más temo es al miedo a mí mismo.

Así, pues, el teatro es para mí una lucha cuerpo a cuerpo contra mí mismo, es decir, contra muchos mí mismos, porque somos un amasijo informe de identidades contrapuestas movidos por el deseo y el miedo.

Siempre he terminado derrotado en este enfrentamiento y la realidad se me escapa, desangrada por todas las heridas de mi cuerpo, volviendo siempre al punto de partida: el miedo primigenio, esencial, del cual pensé por un momento que las palabras podían rescatarme.

Como no podía ser de otra forma, llegamos así a las palabras, al lenguaje. Ese

silbido que lanzamos en la oscuridad para darnos ánimo. Si les damos nombres a los miedos quizás podamos conjurarlos. Si hago que mis fantasmas hablen, quizás pueda conocer sus rostros. Y aquí acecha de nuevo la impotencia. El teatro es la trampa mortal de las palabras. Los que confiamos demasiado en ellas terminamos con la lengua traposa, hablando banalidades y matando la esperanza de lo inexpressable con la jerga gongorosa de la retórica vacía.

Escribir teatro es caminar por la cuerda floja del lenguaje. El que escribe teatro y no tiene miedo, no sufre de vértigo y alucinaciones; es que no es dramaturgo ni es nada.

Por supuesto, el teatro no es sólo palabras, es, sobre todo, el silencio. Es más, las palabras son un riesgo. El silencio en el teatro es el lenguaje supremo, el que nos hace vislumbrar la oscuridad, el vacío, la plenitud del misterio. ¿Y por qué, entonces, llenamos el teatro de palabras? Para cubrir nuestra desnudez tan vulnerable, para enmascaramos, para defendernos de la verdad que siempre es dolorosa, terrible.

Lo deslumbrante del teatro no es lo que te llega a la razón, ni siquiera lo que te llega a los sentimientos; lo deslumbrante es lo que ignoras, pero percibes que está ahí; lo desconocido que te trastorna, te perturba y te transforma.

El teatro, digámoslo de una vez, es poesía. Claro que poesía bastarda, llena de ríos, hecha con remiendos y zurdidos. Poesía corchambrosa, con los escupitajos, el sudor y los jadeos de todos; es el gran alarido colectivo de un grupo de ciegos que necesitan tocarse antes que hablarse.

Y esta poesía no sólo está en el lenguaje (yo diría que casi nunca está en el lenguaje, aunque podría estarlo: está en

TEATRAE N.º 1 (Verano 2000)

24

590f69

Desde la contradicción, la perplejidad y el gozo [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Desde la contradicción, la perplejidad y el gozo [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile